

la belleza de la madera colorada y amarilla, que un día, según su opinión, sería apreciada mucho de los ebanistas y torneadores de Europa; y ya les enseñaba plantas raras, que según su opinión, no se encontraban en ninguna parte del mundo, sino exclusivamente en la barranca de Cuchivano. Así, v. g., señaló una planta con una flor compuesta, que tenía una altura de 20 pies. Humboldt y su amigo reconocieron en ella *Eupatorium laevigatum*, la llamada «rosa de Belveria» (*Brownea racimosa*) célebre por su magnífica flor de color purpúreo.

Otra planta, que según el zapatero, no se encontraba sino en la barranca de Cuchivano, era el conocido *drago*, una especie de *croton*, cuyo zumo se emplea para fortalecer las encías.

Repentinamente, al ensancharse un poco la vereda, á lo largo de un arroyo que salía de la barranca, se detuvo el zapatero.

Su fisonomía había tomado la expresión del mayor grado de sabiduría.

Humboldt creyó estar delante de un sacerdote del oráculo de Delfos.

—¿Qué hay aquí de extraordinario? preguntó Bonpland con impaciencia, pues tenía prisa de llegar á la cueva.

Mas el zapatero puso el dedo índice de la mano derecha con solemnidad, sobre los labios imponiendo silencio, y haciendo luego la señal de la cruz, dijo:

—En el nombre de la Santísima Virgen, pasamos la barranca de Cuchivano! En el nombre de la Santísima Trinidad exorcizo los espíritus malignos! En el nombre de la salvación eterna, descubríos, capas del precioso oro!

Humboldt sonrió.

—¿Creeis de veras encontrar aquí el oro? preguntó al zapatero.

—No lo *creo*, dijo éste como ofendido: *lo sé positivamente* que aquí hay vetas de oro.

—Y yo lo dudo mucho, contestó Humboldt.

—Por qué? preguntó el oráculo enojado.

—Las piritas de las vetas de cuarzo de los granitos, tienen algunas veces ley de oro, dijo Humboldt con mucha calma; pero aquí tenemos marga pizarrosa, y nada justifica suponer que haya oro en esta formación.

El zapatero había escuchado esto sin decir una palabra, pero consideró la expresión de Humboldt, con respecto á su saber propio, tan confusa y sin sentido, que no creyó digno darle alguna contestación por su parte. Tampoco notó en su santo celo que el impaciente francés se había ido. En cambio sacó una cosa singular del ceñidor en donde le había ocultado hasta entonces.

Era una varita; la ramita de un arbusto cualquiera.

Con mucha solemnidad tomó los dos extremos de ella en la mano, de manera que los dedos los tenía dirigidos hácia arriba, y la superficie exterior de la mano hácia abajo.

El horcón de la varita estaba, según la regla, parado entre las dos manos, precisamente á un pié de distancia del pecho del zapatero.

Una sonrisa se asomó á los labios de Humboldt, quien conoció desde su juventud la preocupacion que reinaba respecto de la *varita adivinadora*.

—¿Y qué significa esto? preguntó luego, arrependido de haberse detenido por este hombre en sus trabajos.

—¿Lo que esto significa? repitió el zapatero sin dejarse perturbar en lo mas mínimo. Esta es una *varita adivinadora*, que en mis manos enseña indefectiblemente el lugar en donde el oro se halla oculto en la tierra.

—Mi buen hombre..... le interrumpió Humboldt; pero el zapatero no le dejó continuar, diciendo:

—Esto no entendeis. Esta varita se ha cortado como debe ser, el Viérnes Santo, ántes de salir el sol, con la cara dirigida hácia el medio dia, y todavía húmeda del rocío de la mañana. Ella indica por consiguiente donde se halla el oro.

—Pero, amigo mio.....

—Ha sido cortada, contestó el zapatero con calma y firmeza, con la sentencia mágica, cerca de la cueva encantada de Cuchivano.

—Pero.....

—Con la sentencia siguiente:

Dios te saluda, tu noble rama,
Vengo por el mandato de la Virgen:
Con Dios Padre te busco,
Con Dios Hijo te encuentro,
Con la fuerza de Dios Espiritu Santo
Te rompo tu altiva asta;
Conjurándote á la vez
A que me enseñes cerros y valles,
Donde en su brillo rojo
Descansa el oro en la profundidad,
Enséñame esto, con la certeza
De que María quedó vírgen
Cuando parió á Nuestro Señor (1).

Humboldt se había ya impacientado é iba á protestar enérgicamente contra esta extravagancia tan vulgar, cuando el español hizo resonar un alto imperativo.

... La varita comenzó á temblar en sus manos.

—Ved, ved, señor! dijo entónces el hombre con aire de triunfo, ella siente ya el oro.

—O se mueve bajo la influencia de vuestros nervios irritados, dijo Humboldt con calma.

(1) Esta exhortacion se usa todavía hoy en muchos púntes de Europa, al cortar la *varita adivinadora*; porque la supersticion que se liga á ella no está vencida aún en su totalidad.

—¡Oh, no, no! contestó el pretendido buscador de oro con la expresión de un fanático. Ved..... y ahora..... ahora *se mueve*: uno, dos, tres.....

Así continuó contando hasta que la varita se hubo inclinado hacia el suelo veintiocho veces en sus temblorosas manos.

—¡Oro! ¡oro! gritó; lo había dicho..... ¡oro!..... tres golpes significan mercurio, seis bismuto y azufre, diez fierro, doce plomo, catorce estaño, quince cobre, veintiuno plata y veintiocho oro!

—Pero, mi buen hombre, dijo Humboldt con apacibilidad; ¿no veis que os engañais?

Pero el zapatero no escuchó nada de lo que le dijo Humboldt. En su éxtasis se había arrodillado mirando con los ojos desmesuradamente abiertos á un pequeño pozo, é inclinándose hacia él, exclamó repetidas veces:

—¡Esta es la mina de oro de Cuchivano..... ¡oh!..... ¡Santísima Virgen!..... ¡cómo brilla!.....

Humboldt se acercó al español temiendo que hubiese perdido el juicio.

La pretendida mina de oro de Cuchivano, no era otra cosa que un agujero que se había cavado en una de las capas de marga, que contenía piedras calcáreas. (1)

(1) Viaje á las regiones etc. tom. II., pág., 380.

Pero..... en efecto..... brillaba algo como oro. Un hombre como Alejandro de Humboldt no podía dejarse engañar por este fenómeno. Ya sabía lo que era: *pirita*, que abunda en las capas de marga de la cal alpina.

En efecto, tiene este metal mucha semejanza con el oro por ser de un color amarillo, y no se conoce á primera vista que es cobre en lugar de oro (1).

Humboldt nada consiguió al querer explicar de un modo tranquilo y afable la naturaleza de aquel mineral al zapatero de Araya, que había llegado por su pretendido saber y su hallazgo, á cierto grado de éxtasis.

Al intentar demostrarle que solo se podía sacar de esta pretendida mina de oro, alumbre y sulfato de fierro..... el zapatero sostuvo con tenacidad su asercion de que las pruebas eran de oro..... puro y maciso oro..... y..... según la varita adivinadora..... debían estar ocultos allí grandes y ricos depósitos de este precioso metal.

(1) Pirita (FeS_2) se encuentra en parte cristalizada, en parte en hojas ó granos. Tiene color amarillo de oro, de bronce y también moreno etc. y un brillo metálico. Peso específico, 4, 5 hasta 3, 1. Se le puede emplear para sacar el azufre, reverberándole. El residuo dá vitriolo de fierro ó sulfato de fierro.

—¿No quereis, pues, entrar á la razon? preguntó Humboldt, cansado al fin de tantas demostraciones.

Pero el español se puso de pié con aire sério y altivo, diciendo con desprecio:

—A quien Dios lo ha dado no lo quitará el hombre. Ya os he dicho que el zapatero de Araya no necesita ni oro ni perlas; ha regalado ambas cosas á sus dos blancos huéspedes: Si están ciegos, pueden dejar el oro; pero lo cierto es, que un dia despues de un gran temblor de tierra, llevó el agua tanto oro consigo, que unos hombres que vinieron de muy léjos y que no se sabia de dónde eran, establecieron aquí lavaderos de oro.

—Y qué se han hecho esos hombres y sus lavaderos de oro? preguntó Humboldt.

—Han desaparecido durante una noche, despues de haber juntado una inmensa cantidad de oro, dijo el zapatero.

—¡Mi buen hombre! dijo Humboldt con buen humor; creo muy bien que hayan desaparecido durante una noche, pero no *porque habian encontrado oro*, sino..... porque se desengañaron.

Mas entónces Humboldt habia ofendido gravemente el amor propio del zapatero de Araya. La fisonomía de momia del castellano, tomó la expresion de una gravedad y altivez, que hubieran hecho honor á Felipe II, en cuyos dominios no se metia el sol,

Ocultó silenciosamente su varita adivinadora en su cefidor; luego alzó su calva cabeza y dijo:

—«Aparta tu vista, para que no veas hácia las doctrinas inútiles!» dijo el cantor real en su salmo 119. Así me dirijo á mi hogar de donde he venido. Os daba oro..... tesoros..... no los quereis tomar..... dejadlos!

Y en efecto, el hombre ya se iba, cuando Humboldt le dijo:

—A lo ménos, separémonos en paz, y tomad por un recuerdo.....

Pero el zapatero le interrumpió, diciendo:

—El interes es hijo de Satanás. Dejadme partir á mi hogar, de dónde he venido; pero no olvidéis, cuando hayais regresado á Europa, al zapatero de Araya; y no os arrepintais despues de haber sido tan nécios y de no haber dado crédito á sus palabras.

Dicho esto, desapareció por una de tantas barrancas de la costa.

Humboldt le siguió con la vista, casi con emocion; cuando se volvió, estaba Bonpland delante de él agitado y sumamente pálido.

—¿Qué ha sucedido? preguntó Humboldt sorprendido.

—Nunu ha estado aquí esta noche! contestó Bonpland en tono de desesperacion; pero se la han vuelto á llevar.

—¿Cómo lo habeis sabido? volvió á preguntar Humboldt

—Porque encontré esto en la cueva, dijo Bonpland con el corazon oprimido, enseñando á su amigo una *flor de fuego*, no marchita aún.

CAPITULO XIV.

En las llanuras.

Al pié de la gran roca de granito, que resistió en la edad primitiva de nuestro planeta á la irrupcion del agua, al formarse el golfo de las Antillas, comienza una inmensa llanura. Dejando atrás los valles montañosos de Caracas y el lago de Tacarigua, rico en islotes y en el cual se reflejan los árboles vecinos; dejando atrás las praderas, adornadas con el suave verde de la caña de azúcar de Taiti, ó por las primeras sombras de los arbustos del cacao; descansa la vista en el Sur sobre